

dignos de las recompensas que dais á los demás; pido que no abandoneis, ¡oh atenienses! ese puesto de virtud, noble herencia conquistada por la gloria y los peligros de vuestros antepasados.

Tales son, en mi juicio, los consejos que os convienen. ¡Que vuestra decision favorezca los intereses de cada ciudadano y los de la pátria!

---

---

CUARTA FILÍPICA, Ó TERCERA OLINTIANA.

---

**Introduccion.**

Diez y ocho triremes, cuatro mil soldados extranjeros y ciento cincuenta caballos fueron enviados á la Calcidica bajo las órdenes de Caridemo de Oreos. Despues de haber assolado la península de Palene y la Bottica, este jefe entró en Olinto, donde se señaló por su intemperancia y sus desórdenes. Los olintios, oprimidos mas bien que socorridos, pidieron en el mismo año por medio de una tercera embajada, tropas compuestas de ciudadanos atenienses. En esta ocasion fué cuando rechazando Demóstenes, más enérgicamente aun, la opinion de Eúbulo y Démades, que consideraban esta guerra como estraña á la República, habló por última vez en favor de Olinto.

**Discurso.**

Yo creo, ¡oh atenienses! que más bien que grandes riquezas, preferiríais conocer claramente el partido más útil á la República, en medio de los acontecimientos que llaman vuestra atencion. Animados de este deseo, debeis sentir os ávidos de oír á los que quieren aconsejaros; porque si alguno os revelase pensamientos acertados, no solamente los aprovecharía todo el auditorio, sino, lo que es mayor fortuna para vosotros, muchos improvisarían entonces consejos oportunos, y el bien público, esclarecido por su concurso, haría que vuestra eleccion fuese fácil.

La ocasion presente parece elevar la voz y gritar: «Atenienses, si estimais vuestra seguridad, disponeos á conservarla por vosotros mismos!» Y por vuestra parte... ¡no puedó entrever, sobre este asunto, vuestro pensamiento! Hé aquí el mio: decretar al instante la defensa de Olinto, disponer rápidamente los preparativos, hacer partir los socorros de la ciudad misma de Atenas, y no sufrir más lo que anteriormente hemos sufrido. Que una embajada vaya á anunciar estas medidas, y que todo lo vigile en los lugares mismos de las operaciones. Temed, temed sobre todo que este Monarca insidioso, demasiado hábil para aprovecharse de las coyunturas favorables, cediendo cuando se vea obligado á ello, amenazando otras veces (en cuyos casos parecerá digno de fé) y calumniando, en fin, nuestra conducta y nuestra ausencia, saque un gran partido de la confederacion helénica. ¡Cosa estraña, atenienses! lo que parece hacer inespugnable la posicion de Filipo, es precisamente vuestro más firme apoyo. Ser dueño absoluto de todas sus operaciones públicas y secretas; reunir en su persona el tesorero, el general y el déspota, y encontrarse siempre á la cabeza del ejército, son los medios de hacer una espedicion militar más rápida y segura; pero al mismo tiempo, ¡cuántos obstáculos no le impiden esa reconciliacion que ansía jurar á los olintios! Les ha hecho ver claramente que combaten hoy, no por la gloria, ni por una parte del territorio, sino por evitar su espulsion y la esclavitud de su pátria. Ellos saben lo que hizo con los anfipolitanos que le entregaron su ciudad, y con los de Pydna que lo habian acojido como amigo; porque, para decirlo todo en una palabra, la tiranía, que es siempre sospechosa á las Repúblicas, lo es más aún cuando tocá á sus fronteras.

Vosotros, pues, ¡oh atenienses! que conoceis estos peligros y estais animados de nobles sentimientos, sabed que si alguna vez debeis, con voluntad firme, animaros,

consagraros á la guerra, contribuir á ella con vuestros bienes y personas, y hacerlo todo por vosotros mismos, es en la ocasion presente ó nunca. Ya no os queda motivo ni pretesto para eludir el cumplimiento de vuestro deber. Todos deciais unánimes: «Armemos á los olintios contra Filipo.» Pues bien, ellos se arman por sí mismos, proporcionándonos una gran ventaja. Porque si hubiesen emprendido esta guerra por acceder á vuestras peticiones, procediendo como versátiles aliados, la conformidad de sus sentimientos con los vuestros habria sido pasajera; pero aborrecen á Filipo por los atentados que en ellos ha cometido, y no dudeis que un ódio causado por males que se temen, por males que se padecen, es un ódio inestinguible.

Guardaos, pues, ¡oh atenienses, de desperdiciar la ocasion afortunada que se os presenta, y de volver á incurrir en la falta que tantas veces habeis cometido. Si cuando regresamos de socorrer la Eubea; cuando Estratocles y Hierat de Anfípolis os exhortaban desde esta tribuna á que enviáseis vuestra escuadra á recibir su ciudad bajo vuestras leyes, hubiésemos tenido por nosotros mismos el celo ardiente que nos hizo salvar á los eubeos, Anfípolis estaria con nosotros y os habriais librado de todos los inconvenientes que siguieron á su pérdida. Del mismo modo tambien, si cuando supisteis el asedio de Pidna, Potidea, Medona, Pagases y de otras muchas plazas que seria largo enumerar, hubiésemos volado, al primer ataque, para rechazarlo de una manera digna de la República, tendríamos ahora un Filipo más humilde y más fácil de vencer. Pero lejos de obrar así, descuidando sin cesar el presente y aguardando que el porvenir mejore, sin poner nada de nuestra parte, el curso de los acontecimientos, hemos engrandecido á Filipo hasta un grado que jamás alcanzó ningun Rey de Macedonia. Pero hoy la fortuna vuelve de nuevo hácia vosotros. ¿Preguntais cómo? Arrojo á

Olinto en vuestros brazos y concediéndoo así una ventaja superior á cuantas las ocasiones precedentes os han ofrecido.

Someted, atenienses, á un exámen escrupuloso todos los favores que hemos recibido de los inmortales, por más que casi siempre los hayamos convertido en nuestro daño, y sentireis hácia el cielo un justo y profundo reconocimiento. ¿Contestareis á esto que habeis sufrido numerosas pérdidas en la guerra? ¡Oh! ¿Quién no conocerá que dependen solo de nuestra incuria? Pero la dicha de no haberlas experimentado más pronto, la ocasion de una alianza capaz de repararlo todo, siempre que os aprovecheis de ella, son, en mi juicio, pruebas seguras de la benéfica proteccion de los dioses. Sucede en esto lo que con los bienes: por todos los tesoros reunidos y conservados se experimenta hácia la fortuna una viva gratitud; pero si se disipan locamente, con ellos desaparece el recuerdo de los favores á que se deben. Así es como juzgamos la marcha de los asuntos. ¿Fracasan nuestros proyectos en el instante decisivo? Pues todo lo que han hecho los dioses en nuestro favor se olvida en seguida. ¡Tan cierto es que el último suceso es la regla ordinaria de nuestros juicios sobre los hechos anteriores!

Fijemos, pues, detenidamente la atencion sobre lo que poseemos aún, para que levantándolo de sus ruinas borremos la vergüenza del pasado. Pero si ahora tambien rechazamos á estos hombres (1) y el Macedonio destruye á Olinto, ¿qué obstáculo le detendrá en lo sucesivo? ¿Hay alguno entre vosotros, ¡oh atenienses! que conozca todos los grados por los cuales, débil Filipo en su origen, se ha elevado á tanta altura? Toma primero á Anfípolis, en seguida á Pidna, despues á Potidea, más tarde á Medona, y al

---

(1) El orador indicaria, sin duda, con el gesto y el ademan á los embajadores de Olinto.

fin se arroja sobre la Tesalia; destruye á Pharos, Pagases y Magnesia, y para coronar su obra se precipita sobre la Tracia. Allí, despues de haber destronado y coronado reyes, cae enfermo. ¿Creeis que la convalecencia le inclinará al reposo? Lejos de esto vuela á atacar á los olintios. Dejemos sus campañas contra los ilirios, contra los pionienses, contra Arimbas y contra otros mil. ¿A qué conduce este cuadro? se preguntará. Atenienses, conduce á haceros sentir los funestos efectos del abandono sucesivo de todas vuestras ventajas, y á haceros conocer esa ambicion infatigable, alma y vida de Filipo, que le arma contra todos los Estados, que despierta en él una sed insaciable de conquistas y que le hace el reposo imposible. Pero si él se propone ejecutar sin dilacion los más vastos designios, y vosotros continuais sin emprender nada con vigor, temed, atenienses, el éxito que este contraste prepara á vuestro porvenir.... ¡Oh cielos! ¿Quién de vosotros será tan ciego que no vea que la guerra pasará de Olinto á Atenas si la descuidamos? ¡Ah! Si tales son nuestros destinos, tiemblo de que, semejantes á esos imprudentes que despues de buscar en la usura una opulencia pasajera, se ven al fin despojados de su patrimonio, nosotros aparezcamos tambien pagando muy cara nuestra cobarde pereza; y tiemblo asimismo de que, por conservar á toda costa este agradable descanso, nos veamos reducidos á la necesidad imperiosa de ejecutar con dolor mil empresas antes rechazadas, y de que pongamos en peligro nuestra misma pátria.

La censura, se dirá, es cosa fácil y comun; pero lo que corresponde á un consejero del pueblo es trazar la conducta que piden las circunstancias presentes. Ya lo sé, atenienses; pero sé tambien que si el suceso no corresponde á vuestras esperanzas, no descargareis vuestra cólera sobre los verdaderos culpables, sino sobre los últimos oradores que os hayan hablado. Lejos de mí, sin embargo, el callar lo que me parece ventajoso para vosotros, aunque

obrando así comprometa mi seguridad. Digo, pues, que se necesita un doble esfuerzo para salvar las ciudades olintianas enviándoles tropas encargadas de su defensa, y para devastar los Estados de Filipo con vuestra escuadra y otro ejército. Si omitís uno de estos medios, temo que vuestra expedición sea infructuosa. ¿Os limitareis á asolar el territorio enemigo? Filipo impasible tomará á Olinto, y se vengará fácilmente á su vuelta. ¿Creeis hacer bastante con socorrer á los olintios? Tranquilo entonces por sus dominios, se irritará contra su presa, la rodeará de emboscadas, y con el tiempo se apoderará de ella. Es necesario, pues, un esfuerzo poderoso, un esfuerzo duplicado. Tal es mi parecer.

Respecto de los recursos pecuniarios, vosotros, ¡oh atenienses! teneis para la guerra más fondos que ningun otro pueblo; pero distraeis su inversión obedeciendo á caprichosos deseos. Si los destinais únicamente al ejército, bastarán para sostenerlo; si no, no tendreis bastante, ó mejor dicho, no tendreis nada. ¡Qué! se me dirá, ¿propones un decreto para aplicar estos fondos á los gastos de la guerra? No, de ninguna manera; ¡pongo por testigos á los dioses! Pienso solamente que es necesario armar soldados, que es indispensable un tesoro militar, y que ha llegado el tiempo de subordinar las prodigalidades públicas al servicio de la pátria. Vosotros, al contrario, ociosos ciudadanos, ¡disipais las riquezas públicas en fiestas y diversiones! No queda, pues, más remedio que contribuir todos con un crecido impuesto, si es necesario, ó con un pequeño subsidio si no es menester más. Porque lo cierto es que hace falta dinero, y que sin dinero no saldreis jamás de los apuros presentes. Otros medios se os proponen tambien: elegid entre todos; pero mientras es tiempo todavía, poned manos á la obra.

Una cosa que es necesario examinar y reducir á su justo valor es la posición actual de Filipo. No es tan brillante ni afortunada como podría creer cualquiera que no

la haya observado de cerca. Jamás el Macedonio habría motivado esta guerra si hubiera previsto que habia de verse obligado á desenvainar la espada. Al arrojarse sobre su presa, esperaba devorarla por completo en un momento; pero se ha visto burlado. El suceso que ha engañado sus esperanzas le desconcierta y desanima. Añadid á esto el movimiento de los tesalios. Esta raza, pérfida siempre con todos, se aplica á engañarle á su vez. Han reclamado á Pagases por un decreto y le han impedido fortificar á Magnesia. He sabido tambien por muchos de ellos, que en lo sucesivo no le dejarán percibir los derechos sobre sus mercados y sus puertos, porque los destinan á las necesidades de su confederación y no á la rapacidad de Filipo. Desprovisto de estos recursos, se verá en la mayor angustia para pagar á sus mercenarios. Creed tambien, creed que para el Paoniense y para el Ilirio, la libertad tendrá muchos más encantos que la servidumbre. No están aun acostumbrados al yugo, y dicen que este hombre acompaña el mando con el ultraje. ¡Por Júpiter! es preciso creerlos; porque la prosperidad, colocada indignamente sobre una cabeza insensata, produce en ella la soberbia y el error; y en esto consiste que, frecuentemente, parezca más difícil conservar que adquirir.

Comprendiendo, pues, ¡oh atenienses! que los descontentos de vuestro enemigo son una buena fortuna para vosotros, unid prontamente vuestra causa á la de los demás pueblos. Enviemos diputados á todas partes donde su presencia sea necesaria, marchemos nosotros mismos é inflamemos la Grecia. ¡Ah! Si Filipo encontrase contra nosotros una ocasión tan propicia; si la guerra se encendiese en nuestras fronteras, ¡qué ávidamente se precipitaría sobre Atenas! Y sin embargo, vosotros á quienes la ocasión llama, ¡no os avergonzareis de evitarle los males que os haría sufrir si estuviese en vuestro caso! Sobre todo, no pongais en duda, ¡oh atenienses! que ha llegado el día de

escojer entre llevar la guerra al pais enemigo ó sufrirla en el vuestro. Si Olinto resiste, entonces podreis combatir; y mientras devastáis los dominios del bárbaro, vuestras tierras y vuestra pátria estarán seguras. Pero si Filipo se apodera de la ciudad, ¿quién le detendrá en su marcha sobre Atenas? ¿Los tebanos? ¡Oh! si este juicio no es muy severo, creo que ellos se lanzarían unidos á él contra vosotros. ¿Los focidenses? Sin vuestro socorro no pueden guardar su pátria. ¿Qué otro pueblo, pues? Pero, se dirá, que Filipo no tiene este pensamiento. En este caso, ofrecería el absurdo de no ejecutar, en ocasion segura, una empresa que es el objeto actual de sus ambiciones, reveladas por su palabrería indiscreta. Entre tanto, cuán grande no es, para vosotros, la diferencia entre combatir dentro ó fuera de vuestro territorio! Una sola prueba lo demuestra. Si os fuese necesario acampar fuera de los muros solamente un mes, y hacer subsistir un ejército á costa de la Atica, aun en el caso de que estuviere libre de enemigos, las cargas que pesarian sobre los cultivadores de vuestros campos escederian á los gastos de la guerra precedente. Pero si la guerra viene aquí por sí misma, ¿en cuánto calculareis sus estragos? Añadid, para completarlos, el ultraje y el oprobio, azote el más cruel y temible, á lo menos para los hombres de honor.

Convencidos de estas verdades, socorramos á Olinto; llevemos la guerra á Macedonia; los ricos, para conservar con un ligero sacrificio el pacífico goce de los grandes bienes que poseen; los ciudadanos jóvenes, para hacer el aprendizaje de las armas en el pais de Filipo, y preparar temibles defensores á la inviolabilidad de vuestro territorio; vuestros oradores, en fin, para aligerar el peso de su responsabilidad, pues segun sea el resultado de los asuntos, así será vuestro juicio sobre su administracion. ¡Ojalá esto pueda realizarse por el concurso de todos!

---

## QUINTA FILÍPICA, Ó DISCURSO SOBRE LA PAZ.

---

### Introduccion.

Los esfuerzos de Demóstenes solo habian conseguido retardar un poco la caída de Olinto. Antes de la llegada de un último esfuerzo ateniense, el astuto Monarca se habia hecho abrir, á fuerza de oro, las puertas de la capital de la Calcídica. Se puede decir que Filipo compraba la Grecia más bien que la vencía.

Sin embargo, todos los viajeros que llegaban al Atica, procedentes de Macedonia, hablaban del amor de Filipo por la paz. Esta quedó convenida despues de lentas negociaciones, y Filipo fué nombrado miembro del Cuerpo anfictiónico, que era una especie de Dieta federal de la Grecia, y terminó la guerra sagrada con la destruccion de la Fócida. Pidió con instancia á Atenas que ratificase su nuevo título, y fué convocado el pueblo para deliberar sobre este importante asunto. (Año 3 de la Olimpiada 108; 346 antes de Jesucristo.)

Esta vez, Demóstenes no vaciló en pedir una solucion favorable al mantenimiento de la paz. No tenemos, quizá, una arenga, donde su destreza esté mejor ejercitada, por más que apenas se haga sentir.

Hacia este mismo tiempo, Isocrates, octogenario, dirigió al Rey de Macedonia un discurso, donde le exhortaba á establecer la union en la Grecia, proponiéndole los medios de conseguirlo. «Bastará, decia, hacer entrar en la confederacion á Atenas, Esparta, Tebas y Argos. Muchos griegos, añadia, os pintan como un Príncipe artificioso que solo desea invadir y tiranizar; pero, ¿cómo el que se gloria de descender de Hércules, del libertador de la Grecia, pensará en